

Los que encontré en el camino



Lluís Valerí

per
CAMIL GEIS, prev.

En el volumen conmemorativo de los «Jocs Florals de Girona», de 1918, encontramos el nombre del escritor Luis Valerí, entonces juvénil, premiado por una bella elegia.

Con este notabilísimo escritor (que nació en Barcelona, donde murió hogaño a la edad de 79 años), trabé relación, primero, epistolar en ocasión de intercambio de publicaciones, y, últimamente, personal, principalmente a raíz de mi obtención del «Premio Ciudad de Barcelona de Poesía». El formaba parte del Jurado, y fue él quien, con decisivo entusiasmo propuso mi libro «Bestiari Hagiogràfic» para dicho premio. Es por esta razón que, cuando me decidí a publicar el libro, le pedí unas palabras de proemio, que escribió con gran afecto, como pueden apreciar los lectores de dicho libro.

De Luis Valerí dijo José Cruset: «Su promoción poética y universitaria por los primeros años de este siglo, antes de la guerra de 1914, quedará establecida como punto de referencia a unas directrices, a unas formas, a una época, si dejamos consignado que Valerí coincide en la Universidad con Carles Riba y Josep M. de Sagarra; son pues los tiempos de la cristalización del «Noucentisme» orsiano en poetas como Guevara de Liost (Bofill i Matas) y Josep Carner, con influencia también de los mallorquines Joan Alcover y Costa y Llobera. Josep Carner será como la guía de esos tres muchachos que acababan de penetrar en el mundo literario... Y podemos añadir que, ya fuera de la Universidad, estos poetas alternaron con otros, seguidores de la misma corriente (López-Picó, Arús...) con los cuales establecieron eficientes contactos en Juegos Florales y otras justas literarias».

En 1921 publicó su primer libro de poemas: «La vida nua». Después tuvo una larga época de silencio literario: época de su residencia en Madrid, por su ingreso en el Ministerio del Trabajo, en tiempo de D. Eduardo Aunós y durante sus viajes por Francia, Holanda, Suiza, Austria, Bélgica...

En 1948 publicó «Boires i estrelles»; en 1950, «Poema de l'amor i Eva»; en 1952, «Somni de la vida eterna»; en 1963, «L'intim combat»; en 1954, «Camps Elisis» i «Beatituds» (Premi Ciutat de Barcelona); en 1956, «Missatge de les roses»; en 1958, «Sota el signe d'Aries», en

1960. «Requiem per a Carles Riba» y «Difusión de la Mente» (posías castellanas), en 1966, «Salmes», y, en 1967, «Escala de Jacob».

Como se ve, fue en las dos últimas décadas de su vida cuando fue más intensa su producción. Es por esto que todos los libros de esta época acusan una extraordinaria madurez.

Luis Valeri Sahis tuvo «la voluntad de la forma» y se reveló un profundo conocedor de la Lengua. Pero su culto a la forma no fue nunca en perjuicio de la emoción poética. Su obra lírica revela la orden y lucidez. Fue hombre de gran responsabilidad literaria.

Era abogado y licenciado en Filosofía y Letras.

Fue un poeta católico con todas sus dimensiones. Hombre de una gran fidelidad a Dios. Como dice Cruset: «Dios cruza de arriba abajo toda su obra lírica, todo su pensamiento» Hombre de fidelidad a la tierra, a los hombres, a los amigos...

Fue un asiduo colaborador de «La Vanguardia». Sus artículos le revelaban hombre de extensa erudición y de profundos conocimientos teológicos.

Todavía después de su muerte, el día 1 de mayo (había muerto el 30 de abril) «La Vanguardia» publicaba un interesante artículo suyo sobre «Papirología», titulado «Una joya griega del Evangelio de San Juan», que trataba de un libro de mi gran amigo Dr. Ramón Roca Puig, del cual decía: «He vuelto a leer la monografía y me he quedado otra vez pasmado por la obra».

Había sido laureado en diversos certámenes. En los «Jocs Florals de Barcelona» de 1915, obtuvo la «Viola d'Or i Argent» por su composición «Rims dispersos».

Estaba en posesión del número 1 de los socios del Ateneo Barcelonés, de cuya entidad recientemente había sido nombrado Presidente de Honor.

Era vocal de la Junta Directiva del Conservatorio de Música del Liceo.

Era Miembro de la Academia del Faro de San Cristóbal.

Estaba en posesión de diversas condecoraciones: la Encomienda de Isabel la Católica, la «Cruz del Mérito Naval», la «Medalla de San Jorge al Mérito Cultural», otorgada por la Diputación de Barcelona, y era «Comendador de la Orden de San Silvestre».

Ferviente católico y absolutamente adicto a la Iglesia, con razón pudo decir de él Octavi Sàltor, en «La Vanguardia» del 2 de mayo: «Un superior empuje **Ad Altum** inspiró las meditaciones de su edad madura, ungidas de religiosidad comunicada, inspiradas en la Sagrada Escritura, sedientas de bíblicos manantiales, transidas de trascendentalismo ortodoxo».

Yo añadiría que sus artículos en esta época de confusionismo eran siempre orientadores por la solidez de su doctrina. Esto no pasó desapercibido de las altas esferas eclesiásticas, puesto que, últimamente, había recibido del Vaticano una encomiástica distinción.